

PQ2207
.C6
528



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. R. I.

MADRID, 1887.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Pasco de San Vicente, núm. 20.

PRIMERA PARTE.

I.

El día de año nuevo de un desgraciado.

¡Año nuevo! ¡primera aurora del año! El despertar lleno de esperanza después de haber dedicado el último pensamiento al año que acaba de extinguirse. La víspera de este día se encuentra uno como enervado por los recuerdos, y á la mañana siguiente despierta lleno de esperanzas.

31 de Diciembre, 1.º de Enero. ¡Cuántas reflexiones hacen todas las criaturas humanas en estas dos fechas!

¡Eternas consideraciones del hombre cuando termina un año!

Todos los años, cuando llega este momento, experimenta uno la necesidad de echar una ojeada al año que termina, como después de un día muy atareado se cuenta, antes de entregarse al sueño, lo que se ha llevado y lo que ha producido.

¡Un año que espira! ¡Doce largos meses, de los que cada día ha marcado una etapa en la humani-

dad! ¡Cuántos sueños, quimeras, esperanzas, creencias y amistades se lleva consigo!

¡Cuántos sufrimientos, lágrimas y decepciones se experimentan en tan corto espacio de tiempo, y también cuántos dulces consuelos y alegrías! Unos ven en el año que ha terminado un año menos de vida, y otros un año menos de sufrimientos y de cautiverio, puesto que miran aproximarse su libertad. Para el dichoso, como para el desgraciado, un año casi siempre es mucho, y obliga á reflexionar é impulsa á cada uno á hacer su examen de conciencia. ¿Hemos progresado, engrandecido en el bien, corregido nuestros defectos y afirmado en las resoluciones nobles? ¿Nos hemos aproximado á ese ser ideal que todo hombre honrado debe tener siempre ante sus ojos, diciéndose: *¡Yo quiero parecerme á él?*

Preguntas son éstas, que con frecuencia no tienen contestación, y que se oyen la última noche de Diciembre, mientras nos arrastra en un torbellino de deseos, besos y sonrisas á la primera mañana del mes de Enero. Si para muchas personas el año que termina no ha marcado la fecha de resoluciones viriles, de obras generosas y de nobles tareas, el año que empieza les trae al menos la esperanza de que será el de la regeneración y del deber. ¡Saludemos,

pues, al año nuevo! ¡Viva el año nuevo! ¡Salud á este rayo de esperanza, á esta nueva aurora, á esta promesa que acaba de despuntar, á esta estrella de vida y de renovación! El *viva el año nuevo* durará mientras el mundo exista, y será el grito de los que viven y vivirán, sin inquietarse de los muertos que yacen en sus tumbas, de los olvidados, ni de los vencidos. Conque ¡viva el año nuevo, y adelante!

Así, pues, el hombre ingrato é impaciente ve partir sin sentimiento alguno el año que termina y que lleva consigo, al huir, tantos suspiros, tristezas y lágrimas.

.....

 Para Noel Rambert el día 1.º de Enero se parecía al último de Diciembre.

Estaba muy triste.

El año empezaba con lluvias, lodo y una atmósfera esponjosa y malsana, que helaba los huesos más que hubiera podido hacerlo una verdadera helada.

Este primer día del año, nebuloso y sombrío, Noel Rambert se había levantado sin desayunarse desde hacía veinticuatro horas, y sentía hambre, estaba taciturno y con la cabeza pesada, y mirando con

ojos conmovidos á un niño acostado en un cuarto desprovisto de muebles, tendido sobre unos harapos, y que dormía frunciendo sus hermosos labios sonrosados, de los que parecía no haberse recogido aún la última gota de la leche con que había sido amamantado.

Noel Rambert era pobre.

Durante cuarenta años no había sabido lo que era la necesidad, pero había trabajado sin conseguir siquiera ahorrar la corta cantidad que permite pagar al médico, cuidarse y curarse. Era mecánico.

Fuerte, decidido para el trabajo, y casi alegre, se entregaba bravamente á la obra con cuerpo y alma. Tenía salud y buen humor; se oían sobresalir sus canciones entre el silbido de las calderas y el ruido de las máquinas. Como entonces se encontraba solo, sin parientes, y era sobrio, se consideraba dichoso en su pobreza.

—Tengo salud y buenos músculos —decía;— levanto un martillo como si fuese una pluma. ¿Qué más quiero? Me creo un millonario, y no cambiaría mi situación por la de Rothschild.

Sin embargo, los tiempos eran duros algunas veces. Noel Rambert había tenido sus decepciones y sus horas de prueba. Huérfano desde muy niño,

educado en el taller y alimentado en las ideas republicanas que la víspera de 1848 engrandecían y se fortificaban ya en París, para llegar á ser muy poderosas en él veinticinco años más tarde, Noel había dedicado á la joven República toda su juventud y toda su savia.

El golpe de Febrero le había embriagado como el sol de primavera, y con el entusiasmo irresistible de los veinte años se había arrojado con entera confianza á la pelea. Tenía admiración y fe. Miraba con el corazón rebosando de emociones, á Barbés pasar á caballo, orgulloso con su traje de jefe de legión, y á Flocon, pobremente vestido, ir á pie á su ministerio.

Aquella naciente República era el sueño de su juventud. Sabía que uno de sus parientes había muerto al servicio de la primera, en las filas del ejército de Sambre y Meuse. Quería vivir para ésta, y en último caso, dar por ella su vida, como lo había hecho su *antecesor*.

Este amor verdadero y absoluto de amante sincero y apasionado le condujo después del quince de Mayo á la cárcel de Doullens. Noel Rambert sufrió el cantiverio, sonriente, y salió de él más resuelto que antes. Después de algunos años de prisión volvió al taller como si sólo hubiera estado

ausente algunos días. Se puso á trabajar, y como aun era joven (treinta y seis años) tenía la costumbre de decir:

— Paciencia, tiempo tendremos. Y sobre todo, ¡nada de insurrecciones, de barricadas ni de locuras!

Y hubiera añadido con gusto: ¡Nada de tontearías!

Rambert no encontraba ya en el taller á los compañeros de otras veces, á los amigos de la juventud, á los hermanos de armas y de ideas. El golpe de Estado había pasado por allí, diezmando el barrio.

En tanto que Rambert prisionero leía en los periódicos que le introducían ocultos en el pan, en Doullens, la historia del Dos de Diciembre, sus compañeros morían en la calle Tiquetonne y en la de Santa Margarita, ó partían para el destierro amontonados y ahogándose en la bodega de los navíos del Estado. ¿Qué había sido de aquellas honradas gentes, de aquellos atrevidos trabajadores, consagrados como Rambert á tan justa causa? ¿Sabéis lo que había sido de ellos? Unos habían muerto, otros habían sido fusilados y deportados, y los demás olvidados.

Aun estaba reciente la guerra de Crimea. La

Francia arrojaba su oro y su sangre, sus millones y sus hijos, en aquel abismo de Oriente, y el imperio de la paz se afirmaba por la más terrible de las guerras. Además, se había vencido: el heroísmo del humilde soldado, del paleta y del obrero con uniforme era inagotable. Francia se consideraba entonces poderosa, porque había arrancado á Sebastopol al enemigo. Se creía á la Rusia abatida, humillada, dominada y vasalla nuestra, porque se había cortado aquel ojo de gallo á ese gigante.

El país estaba además un poco embriagado por lo que llamaban la revancha de 1812. Ante aquel alarde de fuerza material callaban las ideas, mantenidas en reclusión por algunos momentos que á los satisfechos les parecían siglos. Mudas, pero no dominadas, las ideas recorren siempre su camino; pero no por eso deja de haber momentos crueles para las almas en días semejantes.

Noel Rambert era resuelto, ardiente, apasionado y fácilmente impresionable, y se dejaba llevar de sus impresiones con dolorosa viveza. Al volver de nuevo y encontrar tan sombríos aquella ciudad, aquel barrio y aquellas tabernas, tan vivas y animadas cuando las abandonó, le parecía que faltaba aire á sus pulmones y que se ahogaba. Una in-

mensa máquina pneumática parecía hacer el vacío en la frondosa ciudad de París. Rambert se sentía disgustado en ella. Lo que no había conseguido el cautiverio, lo obtenía la libertad en una ciudad aniquilada. Perdió su alegría, su viveza de palabra, sus ánimos, que había conservado hasta en el calabozo de la cárcel. Todo lo que se agitaba á su lado le parecía muerto, inútil y pequeño.

—¿Adónde hemos llegado ya?—se decía.—¿Qué sucede? ¿Es que todo ha concluído?

Aquello no era, sin embargo, más que un espanto lleno de terrible duda. Lo que había de abismar á Rambert, llegarle al corazón y herirle para siempre, era la pasión para que había nacido aquel corazón valiente. Un día encontró en su camino á una mujer á quien amó, y que, asociando desde luego su trabajo y sus miserias á las de Rambert, y sonriente — y como él resuelta en apariencia — le acompañó durante algunos años en el duro camino de la vida. La había amado locamente, con una de esas afecciones violentas, dedicando á ella todo el ardor que la decepción, la amargura y la cólera le habían dejado. Parecía limitar la vida al horizonte que medía la mirada de aquella mujer. Se llamaba Marta Hardy. Huérfa-

na como él, no tenía otra afección. Él había querido casarse con ella.

—¿Para qué?—decía ella.—Si hemos de amarnos siempre, ¿para qué sirve la traba del matrimonio? Y si hubiéramos de separarnos, ¿para qué unirnos el uno al otro para arrepentirnos después?

Noel Rambert contestaba:

—¡Tienes razón!

Y sin embargo, hubiera preferido que ella le hubiese dicho con alegría:

—Sí, dame tu nombre, y verás qué orgullosa le llevo.

Rambert amaba cada vez más á Marta. No eran ricos, pero tenían para vivir. Es un error creer que el amor tiene exigencias para hacer la vida fácil y pródiga. Hay amores poderosos y profundos que aumentan y se fortifican en el dolor y en la miseria, bañándose en lágrimas. Afecciones tanto más fuertes cuanto más amargamente son heridas y atormentadas; semejantes en eso á esas plantas fantásticas de las leyendas alemanas, que nacen, según dicen, en los campos regados con sangre.

Noel experimentaba un deleite varonil en sacrificarse por aquella mujer, en aceptar el aumento de trabajo y aturdirse en la labor, entre el ruido de las máquinas, para llegar por la tarde extenuado,

pero sonriente, y cobrarse con un beso depositado en aquellas frescas mejillas. Le parecía que no había vivido realmente hasta que había encontrado á Marta. Toda la primera parte de su vida, los proyectos de otras veces, los días de la sublevación y las noches sin fin de Doullens le hacían el efecto de un sueño y desaparecían como por encanto. A más de los treinta años se entregaba por entero á esta afección nueva y profunda, que era su primera pasión, como hubiera podido hacerlo á los veinte. Un día le dijo Marta sonrojada que iba á ser madre, y él entonces la estrechó fuertemente y saltó por el cuarto como un loco.

Reía, hablaba solo y daba rienda suelta á su alegría.

—¡Oh! ¿conque voy á ser padre?—decía.—¡Qué dicha tan grande! Ahora ¡viva la vida!

Concebía proyectos, redoblaba el trabajo, compraba para su hijo (porque iba á ser un niño) una hucha y se decía que era preciso economizar desde entonces para comprarle una cuna mientras fuese pequeño y un sustituto cuando entrase en quinta.

Estos preparativos de felicidad, de alegría y de trabajo lleno de esperanza iban á estrellarse brutalmente de un solo golpe y en un momento,

Rambert adquirió un día la prueba evidente de que Marta, aquella Marta á quien él adoraba, aquella Marta que siempre le miraba con ternura y por la que él hubiera dado su vida con gusto, le engañaba.

Una carta sin ortografía, la carta de un insolente, un billete escrito con lápiz, pero dirigido á Marta (no había duda), y que tirada y medio quemada estaba delante del fuego, le había atraído instintivamente, y aquella maldita carta llena de estupideces se lo decía todo, destrozándole el corazón. ¿Cómo conservó Noel su razón al recibir aquel terrible golpe? ¿Cómo aquel ser apasionado tuvo fuerza para contener la loca cólera y la exasperación que podía destruir en él la máquina cerebral? Es que entrevió, con el deseo de no engañarse, una desgracia mucho mayor aún que la que le afectaba—el hombre tiene á veces de esos apetitos de sufrimiento—y ante aquella expectativa se sobrepuso y se condenó á permanecer tranquilo y á esperar á convencerse de que la infamia de Marta era completa.

Acababa de saber por aquella carta que Marta era la querida de otro, pero Marta acababa también de darle un hijo; faltábale averiguar si aquel niño era suyo; si podía amar á aquel pequeño ser

con toda seguridad de afección y sin dar sus besos al hijo del vicio y de la infamia.

La única cuestión dolorosa era ésta.

Una vez resuelta, castigaría á su gusto á aquella mujer y á aquel hombre.

Rambert se dirigió al que le había hecho traición. No le conocía. Era un holgazán aficionado á pasar el día en las tabernas, al que Marta había encontrado por casualidad cuando iba á pasar la tarde ó á jugar al dominó á casa de una parienta que vivía en el barrio del Temple. Como muchas veces se hacía tarde, y Marta estaba muy lejos de su casa, aquel hombre se había ofrecido á acompañarla. A aquella misma hora dejaba Rambert el taller, extenuado de fatiga, y subía los seis pisos que le separaban de su cuarto, en el que iba á encontrar á Marta que le esperaba, y á Santiaguito dormido en su cuna con los puñitos cerrados.

Marta no amaba á Noel desde hacía mucho tiempo. Le había gustado Rambert por aquella excesiva alegría y aquella naturaleza expansiva que desplegaba en otros tiempos. Pero el humor de Noel se iba entristeciendo al considerar que los días pasaban silenciosos y que por lo tanto se acercaba la vejez, y entonces Marta se preguntaba

muchas veces si no había padecido una equivocación al creer que amaba á aquel hombre. Además, estaba cansada de aquella vida de miseria que Noel la proporcionaba. Había nacido para sonreír, para dejar escaparse su juventud entre alegres gorjeos, y aunque el amor de Rambert fuese mucho, la existencia le era penosa en su casa.

Marta se quejaba de aquella existencia y de aquella afección, que Noel, por el contrario, encontraba cada día más nueva. El nacimiento de Santiaguito podía salvarlo todo; pero en el momento en que iba á ser madre, Marta se sentía ya atraída, ó mejor dicho, victoriosamente dominada por aquel que iba á separarla para siempre de Rambert. Amaba ya á aquel hombre.

Buen mozo, guapo, de buen humor, y siempre complaciente, Gobergeau había embriagado á la pobre mujer con sus vanas agudezas, su falso ingenio y su andar de truhán, de *levantador de cascos* y de galanteador de callejuela. Por aquel hombre olvidaba Marta á Noel.

Sin embargo, creyó volver á amarle, á adorarle como antes, cuando su hijo vino al mundo. Se replegó de nuevo á aquella afección por amor al pasado, y acaso por un último esfuerzo de resistencia; pero le faltó la energía, y débil y blanda

se entregó á su nueva pasión. Por ver á Gobergeau pretextaba excursiones y salidas, é inventaba esas arduas mentiras de las mujeres que engañan. Rambert no sospechaba nada; vivía feliz al ver al recién nacido, y su corazón rebosaba de alegría.

El amor paternal es á veces mucho más sublime que el de las madres. Algunos hombres nacen con la sed inmensa de ser padres. El día en que tienen un hijo, sienten que éste es su existencia. Consagrarse al pequeño ser es su única alegría, y algunas veces llegan hasta la locura.

Noel Rambert había sentido duplicarse su vida con la venida de aquel ser, carne de su carne. Le parecía que el aire entraba aún en sus pulmones como á los veinte años, y que se rejuvenecía.

¡Qué terrible despertar de tan hermoso sueño!

Pero rehaciéndose en seguida, el pobre hombre quiso mirar la desgracia frente á frente.

—Si Santiaguito me pertenece, aun tendré un pretexto para vivir— se dijo.

Fué á ver á Gobergeau.

—No le conocía á usted—le dijo.—Le encuentro en mi camino, y de buena gana le mataría, porque me ha robado usted lo que más quería en

el mundo; pero le perdono si me dice usted la verdad. Míreme usted frente á frente. ¿Desde cuándo es usted el amante de Marta?

—¿Yo?

—Sí; ¿desde cuándo?

El otro quiso negar.

—Te digo que contestes—dijo Rambert, tuteándole bruscamente.—Esto es muy grave. Entiéndelo bien, porque se trata de la vida ó de la muerte. Responde, y si me engañas en un día, ¿lo oyes? en un solo día.... ¡te estrangulo!

—Pues ¡bien—dijo Gobergeau—Marta es mi querida desde hace un mes.

—¿Luego ya había nacido el niño?

—¡Oh! ¡lo juro por mi honor!—dijo el otro levantando la mano.

—No jures—replicó Noel;—la palabra *honor* en semejantes labios causa una impresión de disgusto. ¡Un mes! ¡está bien!

Dejó á Gobergeau sin añadir una palabra, y volviendo á su casa, dijo á Marta:

—Me has engañado cobardemente, has hecho un juguete del hombre que te adoraba, y has mentido como mienten las mujeres perdidas. Pues bien, todo te lo perdono si me dices la verdad. ¿Desde cuándo eres la querida de ese miserable?

¡Vamos, responde! tú sabes muy bien que es preciso que yo lo sepa.

—¡Noel!.....

—¡Quiero saberlo! ¡te digo que necesito saberlo!

—Hace un mes —replicó Marta asustada, y cayó de rodillas.

Rambert la miró un momento profundamente, y corriendo hacia donde estaba el niño, dijo con desprecio:

—Está bien; habéis contestado lo mismo el uno y el otro. Luego este niño me pertenece. Es mío, pero mío solamente. ¿Lo oyes? me le llevo, y le educaré. ¡Vete con tu nuevo amante! Tengo buenos brazos, y Santiaguito tendrá pan, y pan bien ganado.

—Noel —dijo Marta — Noel, te suplico por Dios.....

—¡Ah! —dijo sin contestarla — olvidaba una cosa.

Y dirigiéndose á una hucha en que ambos guardaban sus economías, echando en ella monedas de cobre y algunas veces de plata, y arrojándosela á los pies la dijo:

—Ahí tienes tu parte, recógela.

Rambert tomó algunas monedas, las metió en

su bolsillo, y estrechando contra su pecho al niño dormido, que instintivamente le echó los bracitos al cuello, y con voz firme y casi glacial, dijo:

—¡Adiós!

Marta estaba muy asustada; hubiera querido disputar su hijo, arrebatársele á Noel y ocultarle; pero Rambert le causaba miedo, y no se atrevió. Creía que pronto la perdonaría y que se resignaría fácilmente. A pesar de esto, se preguntaba temblando si aquella terrible calma no ocultaría una resolución bruta y feroz. Cuando le oyó hablar de aquel modo, se creyó muerta.

Sin embargo, detuvo á Noel en el umbral de la puerta, y con voz suplicante le dijo:

—¡Mi hijo, quiero al menos mi hijo!

—¿Es mío, sí ó no? —contestó Noel con aire extraviado.

—¡Es tuyo, tuyo, te lo juro!

—¡Pues bien — continuó él con dureza — me le llevo! ¡Al menos no tendrá que avergonzarse de su padre!

Empujó furiosamente la puerta con el pie y se lanzó corriendo á la escalera.

Desde aquel día, Noel Rambert no había vivido más que para Santiaguito. Todo el cariño de aquella ardiente naturaleza se había concentrado en

aquel ser débil y enfermo. Noel le había puesto en ama cerca de París, y todos los días de fiesta iba á verle y pasaba horas enteras mirándole jugar en la hierba y escuchándole reír y cantar canciones imaginarias. Noel tenía aún, á pesar de todo, temores y dudas que penetraban en su corazón como un clavo ardiendo, y se decía:

—¡Si habrá mentido Marta! ¡si me habrá engañado, y Santiaguito no será mío!

Entonces se ponía lívido, cerraba los puños, y una nube roja pasaba por sus ojos; su cabeza se trastornaba.

No amaba nada en el mundo más que á aquel niño. Todo lo demás le importaba poco. Trabajaba como un negro. Su alegría había desaparecido, y en el taller ya no se le oía hablar ni discutir como otras veces. Rambert pensaba. Aquel ser lleno de abnegación, que hasta entonces había vivido sin preocuparse del mañana, que tomaba los tiempos como venían, que estaba acostumbrado á sufrir y á ver acabar sus sueños como pompas de jabón, sentía entonces oprimírsele el corazón de amargura al considerar que el pobre Santiaguito tendría que soportar la dura vida que él llevaba.

En efecto, ¿cómo librarle de la miseria ganando tan poco? ¿Cómo conseguir, con la laboriosa exis-

tencia que le era preciso llevar, la independencia del niño? Imposibilidad, fatalidad de condición y de nacimiento.

—Me dejaría cortar un brazo—decía Rambert muchas veces— si con ello pudiera hacer rico á Santiaguito. En cuanto á dejarme matar, ó matarme por él, eso sería lo más sencillo del mundo. ¡Ah! ¡cuánto le quiero!

Otras veces se entregaba á sus sospechas, y entonces se entristecía aún más. Paseándose un domingo en Pierrefitte, donde el niño crecía, pasó una viejecita que llevaba cerezas, y dando un manojito al goloso niño que miraba aquella hermosa fruta con avidez, dijo á Rambert:

—¡Qué guapo es! se parece á usted.

Aquellas palabras fueron todo un mundo de alegrías para Noel. *¡Se parece á usted!* El pobre hombre tomó al niño en sus brazos, le llevó á casa de la nodriza, y una vez allí, colocó delante de un espejo la sonrosada carita de Santiago junto á su curtido rostro, y comparó las dos fisonomías tan diferentes: una aviejada y esculpida por la vida y otra con las frescuras de la infancia.

—Es verdad—exclamó lleno de alegría.— ¡Te pareces á mí! ¡Querido de mi alma! ¡Anda, abraza á tu padre que tanto te quiere!

Su pasión por el niño comenzó á ser una verdadera locura. Desde aquel momento se le llevó con él. Continuó viviendo en la parte alta del boulevard del Hospital. Por toda compañía, por amigo, por consuelo, sólo tenía aquellas mejillas, aquellos labios, aquellos ojos y aquella carne de su carne, á Santiaguito. Cuando se iba al taller, se le dejaba confiado á una vecina. El niño estaba muy mimado. Rambert se sentía á veces celoso de los cuidados de la vecina y del cariño que Santiago la profesaba. Hubiese querido que los ojos de su hijo no se abrieran más que para él, así como sus miradas no eran más que para Santiago. Sin el negro horizonte del porvenir y sin el áspero cuidado del mañana, cuidado sin egoísmo y todo paternal, Rambert hubiese sido el hombre más feliz del mundo, en su pobreza.

Ya no pensaba en Marta, que vivía á su modo con Gobergeau.

Rambert no se había vuelto á ocupar de ella. En el fondo de su corazón, si no había olvidado, había perdonado. Después de todo, bendecía aquella unión que tan bruscamente se había roto, y casi quería á Marta, puesto que ella le había dado aquel hijo. La sonrisa de Santiago amortiguaba el recuerdo de la traición de su madre. ¿Pero tenía

Santiago acaso madre? A Noel le parecía que aquel niño era suyo solamente: lo había olvidado todo; ya no se acordaba de nada; ni de los besos de Marta, ni de su traición, ni de los goces de otras veces, ni aun de aquellos terribles sufrimientos que había experimentado.

Cuando tenía á Santiago en sus brazos y frotaba sus curtidas mejillas con las sonrosadas del niño, y escondía en ellas sus labios, sentía apaciguarse la desesperación y derramarse como gota á gota la amargura que la pérdida de su felicidad privada le había producido. De cuando en cuando sentía de nuevo los arranques de otros tiempos.

Una mañana del mes de Diciembre llegó al taller—aquel día, cosa rara en él, iba casi contento—y como si la suerte hubiera acechado aquel rayo de melancólica alegría para castigarle, al inclinarse bruscamente á fin de recoger una herramienta que se había caído al suelo, resbaló, y al extender el brazo para agarrarse á un objeto, se cogió la mano en el engranaje de dos ruedas. La desgracia sobreviene así, de un modo injusto, en esta guerra sin gloria del trabajador contra la miseria. Rambert lanzó un pequeño grito, se echó hacia atrás rápidamente, y vió su mano ensangrentada. Tenía dos dedos completamente corta-